



CAPITULO XXVI

DE LO QUE TRATARON SANCHO PANZA Y EL INTENDENTE DEL CASTILLO

Aquí deja la historia á D. Quijote para seguir á Sancho Panza, no á la ínsula Barataria, sino adonde con la gente de casa comía, ó había comido, pues ahora se le encuentra hablando de sobremesa. «Mi amo el Sr. D. Quijote me tiene ofrecida una corona de conde, hasta cuando se nos venga á las manos un territorio de dimensiones tales, que se pueda llamar reino, y de conde pase yo á ser rey. La paz está firmada con los emperadores vecinos: el dicho rey no tiene guerras, ni teme asaltos, ni anda vigilando ni escondiéndose de miedo de ser muerto, pues ya se entiende que es buen monarca, querido además por sus vasallos. Como hay aduanas, alcabalas, chapín de la reina, almojarifazgos, diezmos y primicias, las rentas de la corona son dignas de tal príncipe. Tras que éste se mantiene bien, no le faltan algunas monedas curiosas que poner á un lado, y como quien no dice nada, las reservas toman incremento, y al cabo de diez ó doce años tienen vuestas mercedes un caudalito que no desmerece el nombre de tesoro. Esto es sin hacer mérito de las alquerías que corren de cuenta particular de la familia reinante, fincas y pastos donde se crían yeguas grandes como iglesias, que dan los mejores potros del mundo. En el natalicio de la reina, esta señora impetra de su augusto esposo indulto general para los delincuentes, y remisión de los pecados, con mo-

tivo de tan fausto acontecimiento. — ¡Alto ahí, Sr. D. Sancho Panza!, dijo el mayordomo, que presidía la mesa; eso de remitir los pecados es incumbencia de los sacerdotes, quienes los remiten uno por uno, si el pecador muestra arrepentirse; mas ¿cómo va á perdonarlos vuesa merced, cuando no es sino soberano temporal? Vuesa merced podrá otorgar salvoconductos, hacer excarcelaciones, eximir de juicio á un culpable, obrando á lo déspota, se entiende; mas le niego la facultad de conocer en esas acciones ocultas que se llaman pecados, y el derecho de darlos por remitidos. A menos que, ordenándose el rey, fuere á un mismo tiempo confesor y soberano, cosas que en cierto modo se contradicen. Lo mejor en vuesa merced sería acogerse á Iglesia, supuesto que son tan de su gusto la paz del mundo y la remisión de los pecados. Si bien se mira, el rey descrito por el Sr. Panza viene á ser indigno de la corona, por cuanto le quita el valor, prenda esencial en el caudillo de un pueblo, y le envilece con uno de los más feos defectos, cual es la codicia. — Nada menos que eso, señor maestresala, replicó Sancho: la codicia no da jamás, yo pienso dar á los pobres. Hasta corromperlos no les daré; mas tenga vuesa merced por cierto que en mis estados nadie se ha de morir de hambre. Economía no es avaricia; antes yo tengo por virtud aquel sabio guardar para los tiempos calamitosos, aun cuando no sea sino en consideración á los herederos. Cuanto al valor, no tenga cuidado vuesa merced; ni he dicho que no lo manifestaré cuando fuere del caso. Pero andar en busca del peligro, infatigable pretendiente de los hechos difíciles, no es de mi genio. Gloria vana, florece y no grana, señor mío. Después de esta vida alborotada y aporreada que estoy llevando en la profesión de seguir á un aventurero, me sentarán muy bien el descanso y la seguridad de mi casa. — Esto es ser canónigo, repuso el maestresala: á las nueve del día no amanece para vuesa merced, que aún está reposando dentro de un espeso cortinaje de damasco la venerable cabeza sobre dos almohadones de seda carmesí. El apetito y la abundancia le han dado buenas carnes: su papada reveren-

da se compone de tres pisos ó planos, por donde baja lentamente la pereza junto con el sueño, fieles amigos del coro. Sobre eso de las diez del día, el ama de vuesa merced entreabre las cortinas para ver si conviene ofrecer la primera refección: mírala vuesa merced á medio ojo, como quien acepta el desayuno y quiere seguir durmiendo. Pide al fin las calzas, se pone los zapatos en chancletas, y muy arrebozado de un balandrán embutido, pasa á una butaca pontificia junto á la mesa, donde le está esperando una taza de chocolate, que se deja estar allí mientras vuesa merced le prepara el campo con un tercio de gallina. Y miren el desenfado con que extiende esa manteca sobre las planchas de pan candeal, sin dejar por esto de entretenerse con unos retacitos de longaniza, largos como un jeme, porquería que le gusta sobre modo. Almorzó vuesa merced: he ahí que llega el barbero de servicio, y en una jofaina donde cabe apenas la susodicha papada, le rae y pela y monda de tal suerte, que vuesa merced queda como si hubiera tomado siete baños en la fuente de Juvencio. Viene luego el vestirse, luego el salir majestuosamente por esas calles, con el chasquido tan marrullero de la seda, chis chas, pues ya se entiende que es de seda la sotana, y de fino azabache el cordón de botones que desde la quijada se suceden hasta la punta del pie. Llega vuesa merced al coro donde el capítulo está ya reunido, y se pone á cantar en voz respetable, interrumpida de cuando en cuando por una tos madura y no muy limpia, la cual da á conocer que sale de un reverendísimo vientre y pasa por un velludo pecho. En las solemnidades capitulares y las procesiones, vuesa merced parece un cometa por la sublime cauda que va arrastrando. Ahora, ¿qué diremos si de racionero sube vuesa merced á chantre, de chantre á arcediano, de arcediano á deán, y de aquí pasa á obispo por no decir arzobispo de una vez? Tengo para mí que la capa magna le había de sentar de perlas al Sr. D. Sancho, y que sin más averiguación se le había de conceder el capelo, ó digamos el cardenalato. — Mi amo el Sr. D. Quijote, respondió Sancho, dice que por la carrera de las armas no alcanzamos la

púrpura cardenalicia. Siendo, por otra parte, necesaria la viudez para los honores eclesiásticos, hemos resuelto ganar la cumbre de los civiles. Hágame vuesa merced estas reflexiones en tiempo hábil, esto es, cuando podía yo ordenarme, y nadie me quita que al presente me besaran vuestas mercedes la esposa. — ¿Es joven?, preguntó el maestresala. — ¿Qué diablos pregunta ahí vuesa merced?, dijo Sancho: ¿se figura por si acaso que á estas horas he de ir á ofrecer á nadie mi mujer á besar? Hablo de la sortija episcopal, que se llama esposa. — Dispense vuesa merced el quid pro quo, repuso el intendente, maestresala ó mayordomo, que para Sancho Panza no hay necesidad de mirar mucho en estas ligeras variedades; dispense vuesa merced, y siga adelante en su plática. — Digo, continuó Sancho, que con haberme ordenado á tiempo, me hubiera ahorrado además las desazones y cuitas del matrimonio. Cuando uno ha sufrido veinte años á una mnjer, señor intendente, esto de venir á ponerse en capacidad de recibir las órdenes eclesiásticas, debe de ser trance además gustoso y acomodado á las inclinaciones del hombre.

— «Homes, aves, animalias, toda bestia de cueva
Quieren segúnt natura compañía siempre nueva.»

dijo el intendente, quien era por ventura aficionado á Juan Ruiz el arcipreste de Hita.



CAPITULO XXVII

DE LO QUE PASÓ ENTRE SANCHO PANZA Y LA VIUDA
QUE EN ESTE CAPÍTULO SE PRESENTA

«No digan tal vuestas mercedes, dijo á su vez una señora que estaba también á la mesa: cuando sucede que dos almas viven juntas tanto tiempo, benditas serán de Dios; y lejos de tenerlo á desgracia, lo hemos de regular por mucha felicidad. — Todavía está el alcacer para zampoñas, respondió Sancho. ¿La gracia de vuesa merced? — Me llamo Prudenciana Sotomayor, para servir á vuesa merced. Antes era de Calvete; pero desde la muerte de mi esposo, hasta su nombre he perdido junto con la mitad de mis bienes de fortuna. El criado de mi difunto no quiere servirme ni ayudarme, si no toma su lugar; y así tiene puestos el pensamiento por las nubes y las manos en la cintura. Si vuestas mercedes me dieran un consejo, estimaría yo el favor. Si no me caso, pierdo lo poco que me queda; si me caso, temo que de sirviente se convierta en opresor y tirano de su misma benefactora. — Aquí encaja, respondió Sancho, lo que sé de una vecina mía, viuda tan reverenda como vuesa merced, de cuya historia puede tomar ejemplo. Quejábase la dicha viuda al cura de su lugar de que ya no podía vivir sola, porque sus asuntos y dependencias iban de mal en peor: la casa llena de goteras; las tapias del corral, caídas: todo una pura confusión desde la muerte de su marido. Contóle en seguida que tenía un criado

peritísimo en los quehaceres del difunto, propenso de suyo á reemplazar á su patrón, bien así en las ventajas como en los trabajos del matrimonio. El cura, que á dicha era uno de esos hombres prudentes que responden siempre según el deseo de los que los consultan, dijo:

«¿Y por qué no toma vuesa merced á su criado? — Porque temo, respondió la señora, que de criado venga á ser amo, y quién sabe si verdugo de su misma benefactora. (Palabras de vuesa merced, como vuesa merced ve, señora doña Prudenciana.) — Abundo en ese temor, repuso el cura. No hay que tomarlo. — ¿Y cómo puedo vivir así tan sola, en medio de tantos negocios y peligros, señor cura? — ¿No?, pues ahí está el criado. — Aunque cuando esa gente humilde se echa el alma á la espalda, ¡avemaría, señor cura! — Todo se debe temer. ¡A un lado el criado! — Bien es verdad que su índole no es de las peores: hasta aquí no tiene en contra suya sino algunas niñerías. — Si no es más que eso, venga el criado. ¿Cuáles son esas niñerías? — Se alzó una vez con la honra de una doncella de mi servicio; otra, nos vendió á furto algunas reses gordas. — ¡Abrenuncio! Nada de criado. — Pero hubiera visto vuesa merced aquel arrepentirse, aquel morirse de pesadumbre cuando, tirado de rodillas, nos pedía perdón y juraba no volverlo á hacer. — Buen muchacho: venga esa mano. ¿No volvió á daros en qué merecer, esto ya se entiende? — Una ocasión empezó á flaquear, adhiriéndose á una dueña muy honrada, á pesar de sus tocas blancas. — ¡Hum!... ¡Alto ahí el criado! — Pero es el hombre que se conoce para los menesteres de la casa, los del campo, sufrido, vigilante, afectuoso. — Todo le perdono. ¡Arriba el criado! — Señor cura, en puridad, le gusta pillar un lobo de cuando en cuando. — ¿Borrachos?, no en mi reino. — Aunque es cierto que lo desuella inmediatamente. Digo que se echa á dormir, y en cuanto está durmiendo es un cordero. — De éstos quisiera yo para mis sobrinas. Casarse, casarse sobre la marcha. — Tiene un defectillo, señor cura: es algo inclinado al tablaje. — Diga vuesa merced más claramente al juego. ¿Conque le gusta el juego?... — El naipe le distrae, los dados le embe-

lesan. — ¡Buena alhaja! Hombre que juega no le quiero ni para prójimo, menos para marido de una hija mía. — Pero no roba para jugar, señor. — Rara virtud. Si no roba para jugar, no se difiera el matrimonio. Y cuanto al genio, ¿qué tal? Debe de ser un San Buenaventura. — ¡Pues!, un San Buenaventura; fuera de que cuando su buen humor se corta, y se le suele cortar como la leche, el demonio que le aguante, señor cura. — Pues que se case con el demonio. Ni he de ir yo á sacrificarle una parienta y amiga mía, aconsejando á ésta que se una para toda la vida á pécora como él. — Ese estado de efervescencia no le dura: cuando le pasa la cólera, bebe lo que le dan y come de todo. — ¡Hombre generoso! ¿Conque come de todo y bebe lo que le dan? ¿Quién no le ha de querer? Ahora dígame vuesa merced, ¿mientras está con cólera, guarda cierta moderación y dignidad? — ¡Qué, señor!, reniega de Dios y sus santos, y echa maldiciones que se cimbrean la casa. — ¿Esas tenemos? ¡Afuera el criado! — Pero se confiesa, y queda limpio, y se reconcilia con nuestra santa madre Iglesia para mucho tiempo. — Es un grande hombre. ¡Oh si todas las mujeres honradas pudieran hallar de éstos!... — No ocultaré, señor cura, que cuando se emborracha niega que se ha confesado, llama á diez ó doce santos, los mete en el sombrero y baila sobre ellos. — ¡Tu tu tu tu tu! El chico promete. ¿Con luterano como ése quiere vuesa merced casarse? — Me ha prometido no volverlo á hacer. — Esa es otra cosa. Se le puede aceptar (*). — Como la viuda cargase la mano, y viese el cura que en todo caso quería arrancarle una opinión acomodada á sus deseos, le aconsejó éste prestar atento oído á las campanas, las cuales le dirían sin mentir lo que debía hacer en conciencia. Cuando ellas sonaron por la mañana, la viuda oyó claramente que decían: «Cásate con tu criado, cástate con tu criado.» Tuvo entonces por evidente que su matrimonio co-

(*) Hasta aquí, la idea es de un cuento antiguo de Raulin. La Fontaine lo ha puesto en verso. Yo la he desenvuelto y amplificado como se ve. La segunda parte no consta ni en Raulin ni en La Fontaine.

rría por cuenta del cielo, y la boda fué de las más bien surtidas y alegres.»

— Dios nos hace ver su voluntad de varios modos, dijo doña Prudenciana: lo que por su querer hacemos, bien hecho está. — ¿Piensa vuesa merced, señora, hacer lo mismo que la otra?, preguntó el maestresala. Como la lengua de la iglesia son las campanas, el aviso que ellas dan, debe de ser el puesto en razón. — No digo que no, respondió la viuda, cuando y como el Señor me lo diere á entender. ¿Ese matrimonio fué dichoso, se supone señor escudero? — Tanto como lo sería el de vuesa merced, señora viuda. Vuelto marido el criado, se puso á jugar, beber, jacarear y andar á la greña con chicos y grandes. Quiso la señora los primeros días calzarse las bragas, y gobernar su casa, y tener cuenta con la hacienda: el belitre de su marido llovió sobre ella en forma de lenguas de palo, de tal modo que más de una vez la dejó por muerta. Viendo la infeliz que sus palabras, buenas ó malas, eran siempre contestadas con las manos, se limitó á salvar la vida, dejando que todo fuese manga por hombro en el hogar. Tan buena cuenta dió de sí aquel bellaco, que á la vuelta de un año no tenía la pobre señora ni una perla en el cofre, ni una cuchara en el escaparate. En tal manera se vió desheredada, robada y tronada, que hubo de humillarse á la rueca para ganar el pan de cada día. Industria que no duró mucho, porque la sin ventura pasó á mejor vida, muerta de pesadumbres, hambre y golpes, todo junto. Pero esto, no antes de que hubiese vuelto á su confesor en busca de cómo atribuirle su desgracia, echándole en cara su consejo. «Tengo para mí, respondió el cauto sacerdote, que vuesa merced trasoyó el decir de las campanas, y trabucó el sentido de sus expresiones. Torne á consultarlas, y vea lo que realmente le aconsejan hoy, que será sin quitar ni poner, lo mismo que le aconsejaron ya.» Volvió en efecto á la consulta, y oyó y vió que decían: «No te cases con tu criado, no te cases con tu criado.»

Mohina quedó la viuda al oír esto, y tan declarada fué la aversión que Sancho le inspiraba con el fin, como la buena vo-

luntad que le había infundido con la primera parte de su historia. «Vuesa merced, dijo con cierta rigidez, no haga de cura donde le faltan feligreses, ni hable como campana hallándose tan abajo como se halla. Dios sabe lo que hace, y cada cual lo que le conviene. No todos los hombres son unos: así hay entre ellos tahures y corrilleros, como personas amigas de su deber. En una palabra, lo que mi marido hace, yo lo hago; y cada uno es dueño de su voluntad y su casa. Vuesa merced es algo maduro y pasado, por no decir rancio de una vez, para que tenga en su punto los sentidos. No se meta por tanto á dar consejo al que no lo ha menester. — Hay una cierta juventud, respondió Sancho, que, renovándose diariamente, nos pone en capacidad de sindicar de viejos á los demás y tenerlos por decrepitos y desvanecidos: la mano de estuco que hoy le vuelve á vuesa merced niña de veinte abriles, la pone en condición de mirarme como á un Matusalén. — ¿Quién sois vos, motilón embustero, replicó la viuda, encendida en cólera, para que me vengáis con esas indirectas? Yo no tengo que dar cuenta de mi edad á nadie, aunque sí de mis pecados á Dios. Si me caso ó no, es cosa mía; si mi marido es bueno ó malo, nada os importa. Ocupaos de vuestras cosas, y no agucéis el ingenio hasta despuntaros de malicioso. — Mal me quieren mis comadres, porque digo las verdades, tornó Sancho á decir. No le queda á vuesa merced lugar á quejarse de ofensa gratuita, ni puede llamarme entremetido, supuesto que me pidió mi parecer, acogiéndose á mi experiencia. Tenga por cierto la señora doña Prudenciana lo que he dicho, sin que por eso hayamos de venir á las manos. Comida hecha, compañía deshecha, y Dios nos ayude á todos.»



CAPITULO XXVIII

DE LOS RAZONAMIENTOS QUE LOS DUEÑOS DE CASA Y SU HUÉSPED
IBAN ANUDANDO, MIENTRAS SANGHO PANZA HACÍA LO QUE SABEMOS

No quiso la familia dedicar esa noche al juego, al baile ni cosa de éstas, sino oír á D. Quijote, quien deliraba á destajo en tratándose de caballerías, y era entonces tan del gusto de la gente casquivana, como agradable para los formales y juiciosos cuando la conversación rodaba sobre asuntos de real importancia. «Vuesa merced sea servido de esclarecer una duda, señor D. Quijote, dijo D. Alejo de Mayorga: el caballero andante no puede pasar sin dama; mas no se me acuerda que los pláticos en las aventuras hubiesen tenido un amigo con quien gozar de la alegría de los triunfos y compartir el dolor de los reveses. ¿De dónde proviene que los andantes sean así tan solitarios, que más parecen ermitaños andariegos que hijos de la asociación civil y parte de ella, como deben ser? Solo anda Amadís de Gaula, y para mayor aumento de soledad y melancolía se viene á llamar Beltenebrós, retirándose á la Peña Pobre. Solo anda D. Belianís por montes y valles; solo va el Sr. D. Quijote, solo vuelve, y en sus nunca vistas hazañas no se sabe que brazo ajeno le ayude ni voz extraña le anime. Toda sensación comunicada con personas queridas produce su beneficio, ya con incremento de alborozo, si es de las gratas, ya con disminución de pesadumbre, si de las dolorosas. — No se le pase por alto á